

9-8-2020

Traduciendo a Sara Sefchovich

Stacy McKenna

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

McKenna, Stacy. 2020. Traduciendo a Sara Sefchovich. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 64-67.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.22>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/24>

This LA ESQUINA DEL TRADUCTOR is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

En esta entrega de la *Revista Surco Sur* ofrecemos al lector fragmentos de la novela *Vivir la vida* (Aguilar, 2000) de la escritora mexicana Sara Sefchovich.

La traducción al inglés ha estado a cargo de la profesora StacyMcKenna, que demuestra su profesionalismo en este difícil arte. De este modo, observamos que conserva la frescura y un ingenioso humor desde la perspectiva del mejor discurso feminista.

Sara Sefchovich puede agradecer a esta traducción de StacyMcKenna el interés por destacar los juegos de palabras —siempre complejos—, mantener la fina burla con que se expresa una visión de la realidad que supera los límites del realismo común; un deslizamiento del personaje protagónico femenino hacia aventuras inéditas que le procuran todo tipo de situaciones absurdas sin perder la amenidad del texto.

Una vez más hemos procurado presentar trabajos donde se unen la calidad literaria en el idioma original y su versión valiosa a otra lengua.

Anja Bernardy

Stacy McKenna

Traduciendo a Sara Sefchovich

Sara Sefchovich es socióloga, historiadora e investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y periodista. Ha publicado numerosos libros y ensayos sobre cultura y literatura y es una escritora y novelista galardonada. Algunos de sus premios y reconocimientos literarios incluyen el premio Plural de Ensayo, la Medalla Gabino Barreda y una beca Guggenheim. Ganó el premio Agustín Yáñez por su primera novela *Demasiado amor*, que se adaptó a una película del mismo nombre.

En la novela, *Vivir la vida*, (Aguilar, 2000) el lector sigue las aventuras de la protagonista, Susana, después de que ella deja el hogar de su infancia para hacer su vida con su nuevo esposo, Paco, en la enorme metrópolis que es la Ciudad de México. La pobre ingenua tiene poca experiencia en la vida y debe depender de los consejos anticuados y las advertencias inescrutables de su abuela y nana, dos mujeres sumamente protectoras y supersticiosas, para guiarla mientras se embarca en la vida matrimonial. Estas le dicen repetidamente que su marido es el único que puede quitarle el vestido de novia y convertirla en una mujer; cualquier otra cosa y estaría arriesgando la mala suerte eterna.

Sin embargo, Susana no sabe qué sucederá después de que el novio le quite el vestido de novia. Tampoco se da cuenta de que su nuevo esposo no tiene ningún interés en las mujeres o en consumir su matrimonio, por lo que toma el consejo de su abuela literalmente y pasa la primera semana de la vida matrimonial con suvestido de novia tratando de evitar la eterna mala suerte, esperando que su esposo finalmente la libere de los metros de tul y seda en los que ha estadodurmiendo.

Los capítulos de la novela están compuestos de viñetas cuidadosamente elaboradas que dejan al lector con un jadeo, un gesto de reconocimiento o una carcajada. Cada uno es una mezcla inquietante de lo trágico con lo ridículo, lo mundano con lo grotesco, o lo inhumano con la bondad de los extraños. Sin embargo, cada viñeta representa un nivel de verdad, realidad e incertidumbre que es México. El lector comienza a preguntarse si una mujer podría experimentar tantas coincidencias extrañas y encuentros calamitosos en su vida, o si la vida en México es verdaderamente más extraña que la ficción.



Sara Sefchovich

Vivir la vida (fragmento)

Debo haberme dormido yo también, porque cuando abrí los ojos la luz que se colaba por las ventanas era intensa. Y otra vez, en lugar de encontrar a mi marido, lo que había era una nota que me daba los buenos días y me avisaba que pasaría a recogerme a las ocho de la noche en punto para un concierto en el gran salón de la cancillería.

Por un momento sentí gran desesperación y estaba a punto de soltarme a llorar cuando recordé las palabras de la abuela: Nunca se debe empezar algo en la vida derramando lágrimas porque eso quiere decir que terminará igual. Así resignada, pasé otra vez una buena parte del día desarrugando mi vestido con el vapor del baño y el resto sentada en el balcón mirando las azoteas vecinas donde había gran trajín de señoras que lavaban ropa y la tendían al sol. Hacia el mediodía, la esposa del portero me preparó algo de comer.

Cuando pasó a buscarme, mi marido me soltó distraído una frase: Por lo visto el blanco es tu color favorito, siempre te vistes igual. Y otra vez las señoras me miraron sorprendidas por tantos tules, perlas y encajes. Pero yo me olvidé de ellas y hasta de mí misma, cuando empezó aquella música hermosa interpretada por un joven de largos cabellos que hacía correr sus manos por el teclado arrancándole las notas más sublimes, ¡una música que penetraba en el alma!

En el intermedio, mientras Paco saludaba a sus muchos conocidos y bebía una copa tras otra, yo fui presentada al talentoso pianista cuyos ojos ardientes se clavaron en mí hasta obligarme a bajar la mirada.

Por supuesto, esa noche sucedió lo mismo que las anteriores: mi cónyuge se quedó profundamente dormido a pesar de que esta vez yo ni siquiera entré al baño sino directamente me tendí en la cama junto a él. Pero ya no sufrí, pues pasé el tiempo recordando la música maravillosa y al joven apasionado que la tocaba.

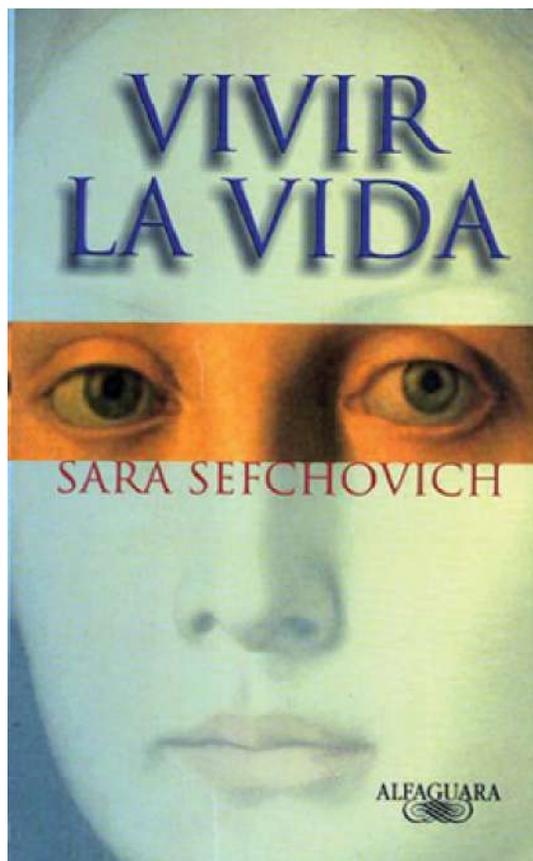
Al amanecer encontré la consabida nota y como los días anteriores, me encerré en el baño para refrescarme y arreglar el vestido. En esas estaba cuando tocaron a la puerta y me entregaron un enorme ramo de flores con una tarjeta: Querida mía, anoche era usted la más hermosa, parecía una novia con aquel vestido ¿me honraría con una visita hoy que es mi último día en la ciudad? Si así fuera, me haría el hombre más feliz del universo. La espero a las cuatro en punto en la habitación 318 del Gran Hotel Bristol, calle de Londres número 38. Suyo siempre, Sebastián Limancia.

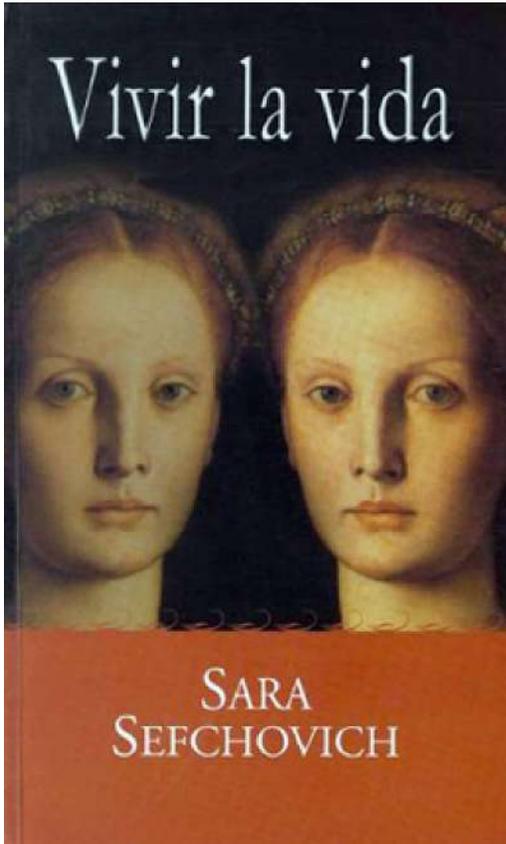
Mi corazón empezó a latir con fuerza, sentía la sangre subirme hasta la cara. Las horas se me fueron dándole vueltas al asunto pero hacia el medio día había tomado una decisión.

Necesito salir de aquí le dije a la portera, tengo una cita muy importante. La buena mujer me miró sorprendida, a dónde podía yo ir en pleno día y así vestida. Y le pedí también que me entregara el dinero que Paco le había dejado para mi comida, lo cual también le pareció raro, pero obedeció.

Subida en un auto que ella consiguió, vi por primera vez la ciudad a la que me habían traído a vivir y de la que había oído decir que era muy grande y muy peligrosa. Me impresionó que por todas partes salían montones de vehículos y de gente. El hotel es muy cerca de aquí dijo el que manejaba, hasta podría irse a pie y llegar más rápido, sólo que con ese vestido sería difícil.

Mientras esperábamos detenidos en una esquina, vi que de los postes de luz colgaban enormes letreros que decían: Bienvenida Susan. Sentí entonces un gran amor por mi marido, que me había preparado tan hermoso recibimiento, sin que yo me hubiera dado cuenta porque sólo había visto fugazmente y de noche la ciudad. Y me conmovió que me llamara en inglés, como le gustaba hacerlo por aquello de que era diplomático. ¡Cómo me arrepentí de aceptar la invitación del pianista! así que le pedí al chofer que me llevara de vuelta a casa.





Cuando el hombre maniobraba para regresar, le pregunté si podría detenerse un momento para llevarme uno de esos hermosos letreros de recuerdo. Amable, se bajó y lo arrancó para mí. Y fue cuando lo tuve en mis manos que vi las letras pequeñitas: tidad Juan Pablo II. México lo recibe con cariño.

Faltaban tres minutos para las cuatro cuando tímidamente toqué la puerta de la habitación número 318 del Gran Hotel Bristol. El pianista me esperaba enfundado en una bata de terciopelo verde oscuro y con una copa en la mano, cuyo contenido me obligó a beber de un trago. Qué hermoso detalle de tu parte venir con el mismo vestido con el que te conocí dijo. Y dijo: Sabía que eras romántica, lo vi en tus ojos anoche. Y sin más trámite, me empezó a besar las mejillas y las manos. Lo que sucede, expliqué yo mientras él se afanaba, es que me casé hace cuatro días y mi marido todavía no me ha hecho su mujer. Y yo no lo puedo hacer sola porque eso significaría atraer la mala suerte para siempre jamás. Por eso he venido, para que usted me quite este vestido que ya no soporto, pues según entendí, a fuerza tiene que ser un hombre el que lo haga.

La noticia de que le tendrían que cortar los dedos de la mano derecha y que nunca más podría volver a tocar el piano le habría impactado menos. Empezó a balbucear

en contra de las supersticiones, de las mujeres estúpidas y de los maridos cornudos. Soy el pianista más grande del universo y el segundo mejor de la historia de la humanidad decía, no es posible que me sucedan estas cosas.

Y sin más, me echó del lugar.

An excerpt from *Living Life*

I must have fallen asleep as well because when I opened my eyes, an intense light was slipping through the windows. And once again, instead of finding my husband, I found a note telling me good morning and letting me know he'd come back to pick me up at 8 o'clock sharp for a concert in the Chancellor's GreatHall.

For a minute, I felt totally desperate and was about to burst into tears when I remembered grandma's words: Never start something in life shedding tears because that means it will end the same way. So, resigned, once again I spent a good part of the day smoothing out my dress with the steam from the bathroom and the rest of the day sitting on the balcony from where I could see the neighboring rooftop patios where women were busy coming and going, washing clothes, and hanging them in the sun. Around noon, the doorman's wife made me something to eat.

When my husband came to get me, he commented absent-mindedly: Apparently white's your favorite color, you always dress the same. And once again, the women stared at me, taken aback by so much tulle, pearls, and lace. But when the beautiful music began, I forgot about them and even myself. A young, long-haired man was running his hands over the keys pulling out the most sublime notes - music that pierced my soul!

During intermission, while Paco greeted his many acquaintances and had one drink after another, I was introduced to the talented pianist whose burning eyes bore into me until I was forced to look away.

Of course, that night the same thing happened as the previous nights: my husband fell sound asleep despite the fact that this time I didn't even go into the bathroom, but went directly to bed and lay down next to him. But now it wasn't so bad because I passed the time recalling the wonderful music and the passionate young man who played it.

In the morning, I found the usual note, and just like the previous days, I locked myself in the bathroom to freshen up and smooth out the dress. That's what I was doing when someone knocked on the door and gave me a huge bouquet of flowers with a card. My Dearest, last night you were the most beautiful woman there; you looked like a bride in that dress. Will you honor me with your presence tonight on my last day in town? If you say yes, you'll make me the happiest man in the universe. I'll expect you at four o'clock sharp in room 318 in the Grand Hotel Bristol, Calle de Londres, number 38. Forever yours, SebastiánLimancia.

My heart started to pound, I felt the blood rise to my face. The hours went by as I thought it over, but by noon, I'd made up my mind.

I need to go out, I told the concierge, I have a very important appointment. The good woman looked at me, surprised. Where could I possibly be going in the middle of the day dressed like that? I also asked her to give me the money Paco had left for my meals, which she also found strange, but she did what I asked.

Once in the taxi she'd called for me, I saw the city for the first time since they'd brought me to live here. I'd heard it was a very big, very dangerous city. I was amazed by the constant stream of people and vehicles from every direction. The hotel is really close, the taxi driver said, you could even walk and get there faster, but in that dress it would be difficult.

While we were stopped at a corner, I saw huge signs hanging from the streetlights that said: Bienvenida Susan (Welcome Susan). Right then, I felt so much love for my husband who had planned such a beautiful welcome for me, but I hadn't noticed because I'd only seen the city briefly at night. I was so touched that he'd used the English version of my name, as he liked to do, being a diplomat and all. But then I felt horrible for accepting the pianist's invitation! So I asked the driver to take me back home.

As the driver turned to go back, I asked him if he would stop a minute so I could take one of those beautiful signs as a memento. He was nice enough to get out of the car and pull one down for me. It wasn't until I had it in my hands that I saw the remaining letters: *idad*, which completed the phrase: *Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II* (Welcome Your Holiness John Paul II), followed by: Mexico Welcomes You With Love.

It was three minutes to four when I timidly knocked on the door of room number 318 of the Grand Hotel Bristol. The pianist was waiting for me wrapped in a dark-green velvet robe and a glass of wine in his hand, which he made me drink in one gulp. What a beautiful gesture, coming over in the same dress you were wearing when I met you, he said. He added: I knew you were romantic, I saw it in your eyes last night. And without further ado, he began to kiss my hands and cheeks. The thing is, I explained as he got carried away kissing me, I got married four days ago and my husband still hasn't made me his wife. And I can't do it myself because that would mean causing myself bad luck forever and ever. That's why I came, so you could take off this dress. I can't stand it anymore, and from what I've been told, it has to be a man who does it.

If he'd been told that they would have to cut off the fingers of his right hand, and that he'd never again be able to play the piano, would have affected him less. He began to mutter on about superstitions, stupid women, and cuckolded husbands. I am the world's greatest pianist and the second best in the history of mankind! These things just don't happen to me.

And without further ado, he threw me out.

